

maquinaciones impías, dá la voz de alarma siempre que el enemigo se acerca, y mantiene vivo el espíritu religioso herido por todas partes.

Muchos de vosotros, lo sé bien, habeis concebido mil veces fecundísimos proyectos para renovar aquí el espíritu filosófico de mejores edades y, por decidia culpable no los habeis sacado á luz. ¡Cuánto no hubiera ganado el incipiente desarrollo iniciado por unos cuantos espíritus fuertes, si hubierais colaborado, si los hubierais alentado con vuestros consejos é indicaciones! Ni aun en cosas de poco momento aprovecha trabajar á solas y en silencio; es preciso que el periódico difunda, por doquiera las

labores de cada parte, para que los actos se unifiquen y mutuamente se corroboren. Dos hombres bastaron solamente para remozar en España la afición á la filosofía netamente española de los Vives y Morcillos, y acallar las voces de Manuel de la Revilla, Gumesindo Azcárate y Salmerón: estos fueron Gumesindo Laverde Ruiz y Marcelino Menéndez Pelayo: cuatro bastaron para que reverdeciera el árbol tomista: el cardenal Zeferino González el P. Fonseca, Orti y Lara y Alejandro Pidal y Mon; en Italia, Francia y Alemania oponen un valladar á la filosofía positiva y mantienen fresca y lozana la ciencia de santo Tomás, Vallet, Cornoldi, Libera-

1h  
1ty  
ttore, Ucelli, Zigliara Schiffini  
Kleugten y el jesuita Jungmann.  
Pero la prensa y luego el folleto y  
el libro, más que la cátedra, dieron  
el empuje reaccionario y conmo-  
vieron el mundo filosófico.

Nosotros tenemos el *Heraldo*,  
periódico fundado con el sacrificio,  
el amor cristiano y el celo edifican-  
te de su director, lleno de ilustra-  
ción y de ardor juvenil; á la *Voz*  
*de México*, diario sensato y discre-  
tísimo en el cual rebosan la sabi-  
duría y la piedad; el *Tiempo*, ba-  
tallador insigne, iniciador excelen-  
te y benemérito de la prensa. Apro-  
vechémonos de la boga y prestigio  
de estas publicaciones, para con-  
mover los corazones de nuestros

hermanos que con ojo indiferente  
y culpable ven progresar una sec-  
ta cuya maldad apenas conocen.  
Escribamos en ellos, sin descanso,  
mientras el vigor y el aliento no  
nos falten, artículos sobre la filo-  
sofía tomista: no bastan, repito los  
libros, son neceserios los artículos  
de periódico. Solo así habrá, sin  
que pase mucho tiempo, algo que  
oponer en nuestra patria á la pre-  
suntuosa filosofía positiva, la cual  
medra, ya porque no se la combate  
tenazmente por la prensa, ya por-  
que no ve de cerca los reflejos del  
sistema filosófico de Sto. Tomás. (1)

1 Este discurso fué pronunciado por el au-  
tor en el "Círculo Católico de México," la no-  
che del 19 de Enero de 1890.

## CCX.

Algún día llega el hombre á ver con indiferencia los bienes que posee, y entonces, de todos los signos de su estimación primitiva, queda sólo este: el temor de perderlos.

## CCXI.

El orgullo contrasta con nuestras demás miserias y con nuestras excelencias.

## CCXII.

Schopenhauer y La Rochefoucauld han sido los más insignes idólatras del yo, y los más encarnizados enemigos de la especie humana.

## CCXV.

La infinidad (1) del espíritu ensancha los horizontes de la naturaleza inferior y dá por esto mismo tormento á su impotencia: lo limitado de la naturaleza inferior estrecha los términos del campo espiritual y empobrece el inmenso poder del espíritu. De aquí que el hombre busque en los placeres la satisfacción de alguna aspiración infinita y que no halle en los goces espirituales aquella objetividad que cree hallar en los sensibles: de aquí esa monstruosidad de la naturaleza humana, esa inversión de

<sup>1</sup> Bien se entiende que me refiero á la capacidad y apetibilidad del espíritu.

nuestros apetitos y esa tendencia á buscar en lo infinito lo finito y en lo finito lo infinito.

## CCXVI.

Qué es el amor de la gloria? La innata inclinación, diré modificando un tanto un aforismo de Schopenhauer, á ser ante los demás lo que se es ante sí mismo, es decir, á vivir en la conciencia de los demás tal como se vive en la propia conciencia. (Se entiende que hablo del amor de la gloria, propio de los hombres ilustres.) En qué se funda el amor de la gloria? Se funda 1º en la autolatría infinita, 2º en la incapacidad del yo para contentarse. Se engaña pues el filósofo

alemán, cuando en una nota de su Parerga y Paralipómena declara que el hombre más feliz sería aquel que llegara á admirarse sinceramente á sí mismo.

## CCXVII.

La antítesis que pone Guillermo Schelling (Bruno) entre el artista y el filósofo es absurda, porque arte supremo y alta filosofía son sinónimos. Y así Platón, nombre tan caro al filósofo alemán, fué el más admirable de los artistas, precisamente porque fué el más admirable de los filósofos.

## CCXVIII.

Cada bien exterior que adquiere

el hombre, adquiérela á costa de un bien interior. Esta es la verdadera razón porque el hombre se siente siempre tan pobre.

## CCXIX.

Es tal el amor del yo que, si el hombre poseyera los mundos que contempla en una noche serena, no los juzgaría dignos de él. Y á este yo infinitamente ambicioso, es al que los otros *yoes* arrebatan el mendrugo de felicidad que con mil fatigas y quizá con la quiebra de su capital subjetivo, logró alcanzar. A este yo ávido de felicidad es al que hacen infeliz los demás! Con razón el yo aborrece tanto á los otros *yoes*.

## CCXX.

Ha dicho un filósofo alemán que es más feliz el sabio que el ignorante. Sea de esto lo que fuere, por lo que á mí respecta, quisiera más bien ser el Tyrsis ó el Dafnis de Teócrito, que el Fausto de Goethe, ó el yo sombrío de La Rochefoucauld, ó de Schopenhauer:

O formose puer, nimium ne crede colori,  
Alba ligusta cadunt, vacinia nigra leguntur

Más feliz eres cuando al contemplar las estrellas, piensas que son las ventanas del cielo, que aquel que no ve en ellas más que fórmulas algebraicas.

## CCXXI.

Al ignorante acompañan siem-

pre los años juveniles; al sabio, por joven que sea, los años seniles.

## CCXXII.

¡Cuán caro cuesta á nuestro corazón la dicha que el entendimiento experimenta cuando ve las cosas como son!

## CCXXIII.

Compramos el más hermoso de los bienes, la sabiduría, con el más amable de los tesoros, con la felicidad. Valga lo uno, por lo otro.

## CCXXIV.

Saber ser feliz es resignarse á no serlo en este mundo.

## CCXXV.

El sabio conoce y ama la felicidad más que el ignorante, pero es menos dueño de ella que éste.

## CCXXVI.

Se ama la vida por temor de la muerte, pero no se teme la muerte por amor de la vida.

## CCXXVII.

La posesión de un bien engendra fastidio: por esto los bienes que no nos pertenecen son los más amables.

## CCXXVIII.

El *yo* quisiera que todos los *yoes*

contribuyeran á su felicidad; pero como todos piensan de esta suerte, sígnese que el principio radical de nuestra infelicidad está en el *yo*.

## CCXXIX.

La envidia, si bien se mira, no es más que el gemido del alma infeliz en presencia de la que cree feliz. Es pues el amor de la imposible felicidad la madre de la envidia.

## CGXXX.

Nadie es feliz impunemente, por que donde quiera que el hombre busque la felicidad, será infaliblemente atormentado por las pasiones de sus semejantes.

## CCXXXI.

Hay dos gigantescas y eternas luchas en la naturaleza que ponen en movimiento las entrañas de la tierra, el aire, los mares, los desiertos, las ciudades, los campos y las montañas. La primera es la lucha del animal que se siente mortal, por la existencia: la segunda es la del humano espíritu que se siente infeliz é inmortal, por la felicidad.







